



CORÍN TELLADO

*Un caballero
y dos mujeres*

Brian es un hombre feliz en su soledad desde que dos años atrás le abandonó su esposa. Sin embargo, su vida da un giro inesperado el día en que sus compañeros de trabajo le organizan una encerrona para que pase la noche con una mujer. Y entonces conoce a Andrea, una joven demasiado impulsiva, y poco después a la madre de esta Leila, cuya belleza y generosidad le impresionan tanto que llega a pensar que quizá su futuro no esté tan decidido como él imaginaba.

*Los preceptos de moral y religión tienen
mucha fuerza en las bocas
de aquellos que nunca faltaron a ellos.*

FERNÁN CABALLERO

1

Brian Jones solía jugar la partida de poker con sus amigos a la salida de la oficina, antes de retornar a su casa. Aquel día no era diferente de los demás. Brian pensaba que su vida era de una absoluta monotonía, pero entre vivir luchando y vivir tranquilo, aunque monótono, prefería lo último. Al fin había respirado. No había quedado muy bien parado moralmente entre los amigos, pero... también eso era superable.

Aparcó su vehículo ante el club social, saltó a la acera y se dirigió a la puerta principal a paso elástico, muy seguro de sí mismo. Y la verdad es que lo estaba, aunque los demás quizá creyesen lo contrario.

Él no tenía prejuicios de ningún tipo, y lo que pensarán o dijieran los demás le tenía totalmente sin cuidado. Por esa razón, siempre parecía bailar en sus labios una sonrisa irónica, y en sus negros ojos parecía ocultarse una absoluta indiferencia hacia todo y hacia todos. Pero tenía amigos o, digase mejor, compañeros de trabajo, pues una amistad firme, íntima, la verdad, no la tenía, porque no creía en ella.

Rob, Frank y Pierre solían ser siempre los mismos contrincantes. Mantenía con ellos una relativa amistad, quizá superficial, pero mejor que con cualquier otra persona. Los

tres trabajaban en distintos empleos en la fábrica de tejidos, de la cual él era alto ejecutivo. A la sazón Brian se sentía muy liberado, y sus amigos lo sabían, porque en los círculos de conocidos nadie ignoraba que, al fin, Sonia, la irascible esposa, le había dejado en paz después de ponerle en evidencia durante unos cuantos años. El divorcio fue fulminante. Y una vez la esposa recibió lo que pedía, y él se lo entregó por quitársela de delante, realmente se sentía como si naciera de nuevo y llevaba dos años naciendo cada día.

—¡Eh, Brian, estamos aquí!

El aludido se encaminó hacia la mesa, en la cual le esperaban sus compañeros.

—Pareces un despistado —le dijo Pierre—. Llevamos esperando más de una hora.

Brian se despojó de la pelliza de piel vuelta y la colgó en un perchero cercano.

—Cuando se es jefe no se sale cuando toca la campana, como hacen los demás. Me entretuve disponiendo algunos asuntos para mañana. Veamos, ¿qué se juega hoy? ¿La comida de la noche o solo unas copas?

—La cena. Todos estamos libres. Y si no lo estamos, nos tomamos la noche por nuestra cuenta, que nuestras mujeres también suelen tomarse las suyas cuando les apetece —dijo Rob—. ¿La comida?

—Pues a ello.

La ganaron Brian y Rob, con lo cual no serían ellos los que pagasen. A las nueve salieron del club social y se fueron en dos coches a un restaurante de las afueras.

Pierre iba en el coche de Brian, y mientras fumaba, comentó, algo guasón:

—Molly, mi mujer, se pondrá furiosa. Suele darle la pataleta cuando regreso tarde. Pero también ella, cuando le apetece sale con sus amigas, y me deja a mí con los dos lebreles, que son como un huracán. A Molly la obedecen, pe-

ro a mí me saltan por las piernas, por las espaldas. Me dejan molido.

—Pero eres feliz casado con ella, teniendo dos hijos, y cuando vuelves al hogar te espera una mujer que te comprende.

—Por supuesto. Oye, a propósito, ¿no piensas casarte de nuevo? Te costó mucho quitarte de encima a Sonia, pero mereció la pena.

Brian torció el gesto. Era un tipo alto y fuerte, de gran personalidad. Tenía el pelo castaño oscuro, algo ondulado, si bien él lo peinaba sencillamente hacia atrás, procurando que no se ondeara, porque carecía de coquetería. Sus ojos negros, de expresión profunda, mirones, pero cálidos, denotaban un hombre bueno. Contaba treinta y nueve años, pero bien podía parecer que tenía dos más, por el pliegue de su frente y por las diminutas arruguitas que se formaban en torno a los ojos, sobre todo cuando hacía un gesto de contrariedad. En aquel instante vestía un traje de ejecutivo de color gris, con una diminutas estrellitas blancas, camisa cremosa y corbata verde. En el asiento de atrás llevaba la pelliza de piel vuelta. Era alto y bien parecido, aunque tenía una cierta mueca en el rostro que indicaba cansancio, hastío o monotonía.

—Afortunadamente, ella sí se casó —dijo Brian, sin dejar de atender el volante y alzándose de hombros—. Me alegro por ella, pero me apeno por el hombre que tenga que soportarla. Como bien se dice, no todos los hombres sirven para todas las mujeres, y al revés. Tal vez Sonia sea feliz con su nuevo marido y haga a su pareja igualmente dichosa. No se sabe nunca cómo reacciona una mujer, y todos sabemos que sus reacciones son casi siempre imprevisibles. Lo único que sé es que yo no tenía por dónde cogerla. Veinte años casado con ella, y no la conocía en absoluto.

—Pero ahora has descansado. ¿Qué dice Burt?

—¿Y qué quieres que diga? Él se pasa la vida estudiando. Tiene sus pandillas, sus asuntos. Su madre nunca fue muy amante de su hijo, no deseado. Tal vez la culpa de que naciera la tuve yo. Tenía dos opciones que no perdonaban en aquella época. O me casaba o Sonia abortaba; preferí lo primero. No hay nada más negativo que casarse por la fuerza.

—Pero vosotros os queráis.

—No para casarnos sin madurar. Pero... bueno, eso ya pasó a la historia —y sin transición—. ¿Estamos citados con los otros en el lugar de siempre?

—Claro.

* * *

Rob le decía a Frank:

—Si te digo una cosa que estoy pensando te vas a desconcertar.

—Dila, y ya veremos.

Rob aferró las manos al volante y emitió una risita burlesca:

—Apostaría a que Brian, desde que se fue su mujer, no tocó un dedo femenino.

—Bueno, tú estás chiflado. Brian es hombre de mujer. ¿Dos años sin tocar una? No me lo creo.

—Pues se lo vamos a preguntar. Verás que nos responderá con franqueza. Brian no miente jamás. Quedó tan harto de su mujer que se me antoja que no ha vuelto a mirar una. Y si es así, tengo ganas de gastarle una broma.

—Rob, no te metas en asuntos serios. Si Brian no tocó mujer alguna desde que se fue la loca de Sonia, olvídate. Es cosa suya. Al menos, conmigo no cuentes. Y me extrañaría que Pierre te secundara. Además, Brian no es un amigo íntimo. Lo conocemos de siempre, es cierto, pero él no da demasiada confianza. Además detesta las bromas. Es hom-

bre demasiado serio. Y si tú empiezas con tus bromitas pesadas, porque aceptarás que lo son y mucho, Brian puede fastidiarte desde su puesto de jefe, y tú de empleado. Buen empleado, pero, a fin de cuentas, en la nómina de los mil empleados de las empresas de las cuales Brian es un jefe.

—Cuando dejamos las oficinas de la fábrica somos solo compañeros, sin distinciones de ningún tipo —insistió Rob—. Brian acepta las bromas, y de paso se puede aprovechar de ellas. Pero antes tengo que saber si, en efecto, no volvió a hacer el amor desde que Sonia se largó con aquel pintor.

—No creo que Brian hiciera el amor con su mujer, Rob. Pienso que hace muchos años que el asunto, entre ellos, no existía. Supongo que Brian tendría una amiguita.

—¿Brian con amiguitas? No te lo creas. Es demasiado serio y detesta ciertas situaciones, como es la de la prostitución. Pienso que Brian jamás fue con una prostituta.

—Oye, Rob ¿es que piensas... ponerle una en bandeja? Ten mucho cuidado. Brian no es fácil. Tampoco le agradan ciertas bromas de mal gusto. Por otra parte, el que se estuviera peleando todo el día con su exmujer no quiere decir que en ciertos momentos no fueran amigos como pareja que representaban. Ya me entiendes.

—Seguro que te entiendo —rió Rob, sin dejar de pensar de modo obsesivo en hacerle una jugarreta a Brian—. A Sonia le iba la marcha. Y si bien hacía la vida imposible a su marido, para hacer el amor estaría siempre dispuesta. Es un misterio que solo sabe Brian. Pero lo que yo sé es que hace dos años que se divorció, que vive solo con su hijo y que el hijo se pasa el día en la universidad o bien con sus amiguetes. Brian come en cualquier parte. No cabe duda de que anda desorientado. En realidad no estamos seguros de que se liberara cuando Sonia le plantó y se fue con otro. Eso siempre duele a un marido, por muy indiferente que quiera ser Brian. Lastima el amor propio, la hombría personal. Le

humilla, en una palabra. Mira —Rob bajó la voz, malicioso—, no lejos del restaurante donde siempre comemos, hay una sala de fiestas de esas donde suelen ocultarse líos sexuales... Conozco a la dueña. Es una fresca, que se mata por unos dólares. Hay reservados, y cositas así, aunque aparentemente no parezca que haya nada de eso. Y chicas formidables, que no están a la vista, pero que «madame» las reserva para sus amiguetes.

—Rob ¿te has vuelto loco?

—Tú, déjame a mí.

—Mucho sabes tú de ese burdel con pinta de sala de fiestas. ¿También lo sabe tu mujer?

—Betty me adora. No es celosa, afortunadamente, y es tan despistada que no se entera de nada. Además, yo la quiero. La quiero tanto que la engaño muy pocas veces, y cuando la engaño estoy deseando verme junto a ella... Ya ves tú... De vez en cuando, a uno le gusta hacer una travesura, y es cuando más desea a su propia esposa. ¿Es que tú nunca engañas a Bella?

—Jamás. Una comida, una partida y una noche de copas. Pero de mujeres, nada de nada. Me basta la mía.

—Y, seguramente —se burló Rob—, así toda la vida desde que te casaste con ella hace un montón de años.

—¿Y bueno?

—Que no, hombre, que no. Que lo esencial es probar y cerciorarte de que tu mujer es lo primero, aunque de vez en cuando echas una canita al aire. ¿Cómo vas a saber tú cuánto amas a Bella si jamás has ido con otra? En la diferencia está el gusto ¿no? Yo, el día que engaño a Betty, me paso un mes adorándola. Y llego a la conclusión de que el sutil engaño fortaleció mis relaciones con mi esposa. Mira —añadió sin transición—; ese es el salón de «madame», una francesa que se las sabe todas. Un salón de fiestas muy bien decorado y una trastienda de erotismo oculto. Nadie se entera, solo los clientes especiales... Y no me digas que no está llenito. Mira, mira la hilera de coches. No pienses

que todos van a beber y a bailar. Los hay tras esas ventanitas que se lo pasan estupendamente con las chicas de «madame».

—¿Y qué tipo de broma le quieres gastar a Brian?

—Ya te lo diré cuando lo haya perfilado. Pero antes he de saber si Brian está en abstinencia desde que le dejó Sonia.

Y como el vehículo llegaba a la altura del restaurante, unos metros más allá de la sala de fiestas, Rob paró el coche, a la par que el de Brian. Los dos amigos descendieron.

La avenida era larga. Por ella se llegaba al centro de Baltimore, pero cuando los cuatro compañeros decidían comer en la noche, siempre elegían aquel lugar, bastante apartado del centro, pero muy conocido, por sus puntos de diversión nocturna en todo el Estado de Maryland.

Brian y Pierre ya se hallaban acomodados en torno a una mesa en el mismo comedor. Rob y Frank se acercaron y se sentaron a su vez, comentando el primero:

—Algún día tendremos que terminar la noche en la sala de «madame».

Brian ni se enteró, porque se entretenía leyendo la carta, pero Pierre sonrió malicioso y asintió con la mirada, como diciendo: «¿Y por qué no esta noche, después de tragarnos la succulenta cena que vamos a pedir?».

2

Frank y Pierre eran dos políticos frustrados. Estaban discutiendo entre sí de tales asuntos mientras fumaban un puro habano y tomaban la copa de coñac.

En cambio, Rob estaba intentando manipular el cerebro de su superior.

—Oye, Brian, ¿qué te parece tomarnos la última copa en el salón de «madame»?

—Es un burdel encubierto —refutó Brian, haciendo una mueca—. No me gustan esos lugares.

—Será que tienes una pareja definida y bien adiestrada.

Brian abrió mucho sus negros ojos de hombre maduro y de vuelta de todo.

—¿Pareja? ¿Me estás hablando de asuntos sexuales? ¿De amores, de mujeres?

—¿Y de qué otra cosa te puedo hablar al mencionar pareja? Yo estoy casado. Soy feliz con Betty y mis chicos, pero alguna vez... Bueno, ya me entiendes. Y si te digo la verdad, después que la engaño suelo vivir felicísimo durante un mes junto a mi esposa. Hay que variar alguna vez. Ella no se entera, y yo me desahogo, me hartó y termino en sus brazos más sincero que nunca.

Brian sonrió con una mueca indefinible.

—Cada cual mide la felicidad como le conviene, Rob. Yo nunca la he medido así. Tampoco soy un portento de sexualidad. Me gusta compaginar el amor y el deseo. Pero ambas cosas unidas son difíciles de encontrar.

—O yo me equivoco o me estás diciendo que desde hace dos años, nada de nada.

Brian se puso muy serio.

—Nada. Quedé hasta la coronilla. Y si te digo la verdad, ya me había habituado a los altibajos de mi mujer. Sonia era muy irascible, pero solía ser estupenda cuando le daba la gana. No hay peor cosa que casarse por la fuerza. Y eso ocurre en muchas parejas y muy a menudo. Si esa misma pareja se encontrara en distintas circunstancias, seguro que serían plenamente felices.

—Es decir, que tú algo enamorado de tu mujer estabas.

—Me había acostumbrado a sus gritos, a sus desplantes, a sus momentos buenos, y si no hubiese cometido la tontería de irse con otro, yo me hubiera aguantado, pienso, el resto de mi vida. Quiero decir que el hábito ya estaba adquirido. Y si bien no era dichoso, por lo menos tenía en casa algo que me entretuviera. Quedé harto de mujeres. Sí, en dos años que llevo solo no he vuelto a mirar a una.

—¿Y cómo te las arreglas?

—El cansancio de haber vivido contra mi gusto me dejó muy pleno en la soledad. Ya te digo que todo es muy contradictorio. Muy complejo. Si Sonia no se hubiese ido, la hubiese aguantado toda la vida. No soy hombre de grandes pasiones; o será que ya estoy en la decadencia.

—A mí me apetece tomar una Copa en la sala de «madame» —miró a los otros, que continuaban discutiendo de política—. ¿Qué? ¿Estáis oyendo? Nos vamos a tomar la última copa a la sala de «madame». ¿Estáis de acuerdo?

—Pero una sola, ¿eh, Rob? —dijo Pierre, molesto—. Yo quedé en estar en casa a las doce. Ya le advertí a Molly que tardaría, pero no pienso llegar más tarde.

Pagaron, y salieron en dirección a la sala de fiestas.

Estaba atestada. La música tocaba sin cesar. Hombres y mujeres por todas partes, y una pista de baile donde se bailaba al son de una música dulzona. Humo y olor a todo tipo de perfumes, tabaco, licores...

—Un segundo —dijo Rob—. Vuelvo en seguida.

Los otros tres se quedaron de pie, mirando. Un camareero les ofreció una mesa. Se sentaron ante ella y pidieron cuatro copas de brandy.

—¿Dónde habría ido Rob?

—Este lugar le es familiar —rió Frank—. Irá a saludar a «madame» —y, algo malicioso, añadió—. ¿Qué os parece si le pedimos un reservado y compañía?

Brian encendió un cigarrillo y le miró por encima del fósforo.

—Eso es problema tuyo. Yo no, por supuesto.

Rob regresaba restregándose las manos.

—Oye, Brian, a ti te gusta mucho la pintura, ¿no es cierto?

—Según qué pintura sea.

—Pero, eres experto.

—No mucho. Pero algo entiendo.

—Pues ven. He visto un cuadro de un aficionado comprado por «madame». Ella me pide que le dé un parecer. Como yo no entiendo nada —por encima de la cabeza de Brian guiñó un ojo a los otros dos—. ¿Puedes venir un segundo?

Brian se levantó, llevando la pelliza bajo el brazo. Pensaba que sus compañeros se podían quedar, si les apetecía, pero él estaba cansado. Regresaría solo, si los demás se negaban a regresar al centro de la ciudad.

Pero, aun así, siguió flemático a Rob, pues no le agradaba ser descortés.

Rob lo asió por el brazo y lo condujo a través de pasillos y salas. Subieron unas escaleras y se detuvieron ante una puerta, al fondo de un largo pasillo.

—Verás, es que «madame» tiene el cuadro en un lugar privado. Quiero decir que en esta segunda planta, al fondo, tiene su reducto, que nada tiene que ver con todo lo demás. Pasa.

Brian pasó, confiado; Rob no. Este se apresuró a cerrar la puerta y dar vuelta a la llave. Después, riendo y jugando con ella, se dirigió al salón, donde sus amigos le esperaban.

—¿Y Brian?

—Lo dejé bien acompañado. Cuando encienda la luz y vea lo que le he preparado, me dará las gracias y me quedará eternamente agradecido. Una perla. Nuevecita del todo. Se la pedí a «madame» de lo mejor, y ella me dijo: «No temas, Rob. Tengo algo que le gustará a tu amigo». Y me dio la llave.

—Y tú —se espantó Pierre— cerraste allí a Brian.

—Ni más ni menos. De esta se anima. Dos años sin mujeres es demasiado. ¿Nos vamos? No quiero estar aquí cuando salga.

—Pero no te librarás de que mañana te rompa la crisma.

—Por supuesto que no lo hará. Todo lo contrario; me estará agradecido. ¿Nos vamos? Os llevo en mi coche hasta el centro, y cada cual a su casa. A fin de cuentas, estamos casados, y bien casados. Y Brian es libre. Por tanto, después de dos años de abstinencia es hora de que eche una canita al aire, si es que no está oxidado. ¡Dos años sin mujer! —rezongó—. Ni que fuera un... Bueno, ya sabemos cómo funciona Brian. Y yo digo que no se puede ir por la vida como un caballero. La mayoría de las veces uno necesita ser de hombre a secas. Un segundo —añadió sin transición—. Iré a llevarle la llave a «madame».

—Pero ¿es que le has cerrado del todo? —se asombró Pierre.

—Si no lo cierro se va, me planta el plan y deja a la pareja allí solita. ¿Venís conmigo a llevar la llave a «madame»?

Los otros dos, muy sorprendidos, le siguieron. Entraron en una especie de salita-despacho, donde «madame» conversaba con un camarero. Al ver a Rob despidió al camarero y se acercó a los tres hombres muy aprisa y con una sonrisa de complicidad que le llegaba de lado a lado.

—¿Todo dispuesto, Rob?

—Todo. Es que nuestro amigo es muy tímido y...

—No os preocupéis —recogió la llave de manos de Rob. Pierre y Frank estaban totalmente en desacuerdo, pero sin poderlo manifestar, tal era su asombro y paralización—. Tiene a su lado una chica joven y nueva. Llegó por aquí anoche. Y se ha ofrecido. Muy bonita. Seguro que se le va la timidez a vuestro amigo. ¿Cuándo le abro?

—¿Es que no puede salir si usted no le abre? —preguntó Frank, espantado.

—Sí, pero no le será muy fácil, ya que la chica es nueva. Y a él no le he visto nunca por aquí. La puerta tiene un botón, y se abre si se sabe dónde está. De todos modos, dentro de dos horas abro. ¿Os parece bien?

Frank y Pierre se fueron a toda prisa. Rob dijo, alejándose a su vez:

—Sí, dos horas es suficiente —y alcanzando a sus amigos refunfuñó—. Igual mañana me corta el cuello. Pero no; me lo agradecerá. Ya habéis oído a «madame». Es una chica nueva, joven y muy bonita.

Frank subió al vehículo gruñendo:

—Estás loco. Completamente loco. Brian no te lo perdonará en todo el resto de tu vida. Y si yo fuera él, haría lo posible y lo imposible porque te despidieran de la fábrica.

Rob se sentó ante el volante meneando la cabeza.

—¡Pardiez! —exclamó—. Tampoco es para tanto. Una broma entre amigos... ¿Qué pasa?

Pierre se acomodó a su lado, lamentando:

—Es que Brian no es nuestro amigo. Es nuestro compañero, con muchos escalones profesionales por encima de